

LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

La academia trashumante

Hay un lío de palabras, triunfo de las comillas. De distintas generaciones y con peripecias “nómades” o “diaspóricas” de diferente signo, los aquí consultados en términos de academia literaria “trashumante” –y en un caso, la lingüística– hablan en primera persona de un estricto singular. Es que tratándose de Uruguay no hay posibilidad de síntesis y contornos nítidos. El papel de calco sobre el vidrio al cartografiarlo también resbalaba. Para al menos dos de los académicos consultados, Uruguay ocupa el lugar de la primavera, significativamente primavera, estación o parada de un vuelo que ofrece la oportunidad de renacer. Para casi todos, tierra en la escritura.

SOFI RICHERO

ALGUNOS PRODUCERON conocimiento humanístico residiendo fuera de fronteras (según define “fronteras” la geografía, la política geográfica o la geopolítica) en el pasado, otros en el presente, y varios de ellos en movimiento de vaivén. Palabras que piensan el adentro y el afuera académico-universitario desde Montevideo (el actual director nacional de Cultura, Hugo Achugar); desde Escocia (Gustavo San Román), desde España (Fernando Aínsa), desde París (Jean-Philippe Barnabé), o de Brasil (José Guillermo Milán). **Brecha** elaboró un cuestionario y decidió enviarlo a todos ellos sugiriendo la posibilidad de tomarlo a modo de disparador para crear un texto; pero también cabía la posibilidad de responder pregunta por pregunta. Hugo Achugar –que residió e investigó en diferentes instituciones y universidades de Venezuela y Estados Unidos– eligió esta última posibilidad (véase entrevista): de ahí que las preguntas estén formuladas en plural y las respuestas traduzcan un algo desfasado u anacrónico. Antes de la lectura, una última advertencia; a excepción del texto firmado por Fernando Aínsa, los títulos son responsabilidad de **Brecha**. ■



CONTESTA HUGO ACHUGAR*

De entre los doce pares de Francia

—¿CUÁLES DIRÍA QUE fueron los móviles o las circunstancias que determinaron irse a producir e investigar en universidades y países del extranjero? ¿Es Uruguay y la Universidad de la República, académicamente hablando, un sitio poco generoso/hospitalario/estimulante, etcétera, para producir conocimiento?

—Hay algunos que eligieron irse, otros se fueron a causa del exilio, y otros lo hicieron pretendiendo formarse para después volver y no les fue posible, o la institucionalidad uruguaya no se los permitió. Si bien en un tiempo, cuando la UDELAR era la única institución universitaria, hubo mucha gente que se fue porque la inexistencia de una carrera docente y la gerontocracia les impedían desarrollar su trabajo o ascender de acuerdo a sus logros y méritos, hoy no sólo se han ido desde la UDELAR sino también desde la UCUDAL y otras instituciones universitarias. En ese sentido, el “mal” no es justo buscarlo sólo en la Universidad de la República. Las limitaciones o razones que impulsan a un científico a dejar el país son múltiples y han cambiado históricamente. Falta de acceso a bibliografía o laboratorios, ausencia de cargos, escaso “mercado de trabajo” para el egresado y otras más. Creo que una razón que se olvida mencionar, además de las endógenas de las instituciones universitarias, es la falta de una política de Estado durante varias décadas de parte de las clases dirigentes que tendiera a crear los científicos e investigadores que el país necesitó y necesita para tener un desarrollo académico, científico, artístico, etcétera. Apenas en el último año, con la creación de la ANII y en especial del Sistema Nacional de Investigadores, se ha comenzado a intentar diseñar una política de Estado tendiente al apoyo de la investigación. Pero durante casi medio siglo se pensó –y algunos lo siguen pensando– que el país no necesitaba investigadores en las diferentes disciplinas. En ese sentido, Uruguay tiene una gran diferencia con lo que la elite brasileña entendió que era necesario –no para ella sino para un desarrollo de su nación– en la década del 30 del siglo pasado cuando impulsó la formación de cuadros científicos. En resumen, no se trata de que la

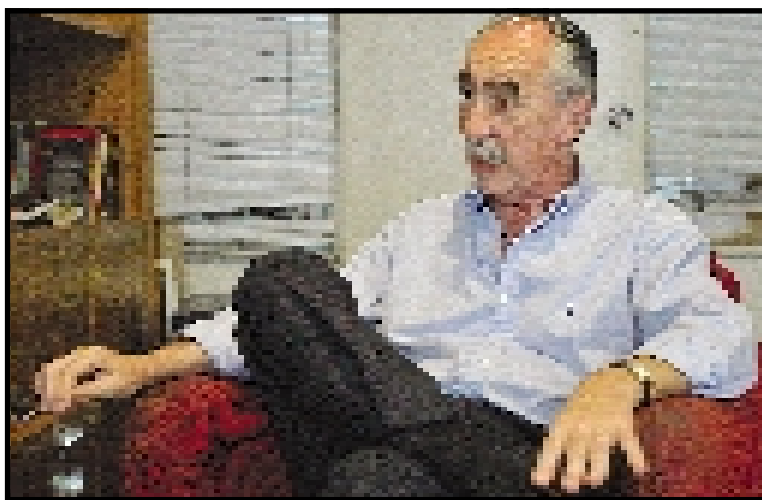


Foto Oscar Bonilla

UDELAR sea o haya sido un sitio más o menos “generoso/hospitalario/estimulante/etcétera” –que en parte quizás lo pudo haber sido– sino de la ausencia de una política de apoyo efectiva a la formación de investigadores en todas las disciplinas. No se puede investigar si no se tienen rubros para estar actualizado en bibliografía o no se tienen laboratorios equipados o si –como todavía sigue ocurriendo– no es posible tener a todos los investigadores y docentes en régimen de dedicación exclusiva, como sucede en los países en serio de por lo menos Occidente; y entiéndase que no me refiero a Estados Unidos o a Alemania sino a Brasil o algunos otros países de América Latina. Hay mucho más que va sí en el sentido de la pregunta: la poca hospitalidad de algunas facultades para retener o permitir el regreso de científicos uruguayos, pero eso tiene que ver no sólo con presupuestos sino con “mentalidades”, y el mal de las mentalidades no afecta únicamente a las universidades uruguayas sino a muchos otros sectores.

—Centros y periferias... todo ese asunto. ¿Hasta qué punto puede decirse que la academia del “centro”, las universidades y departamentos de los respectivos países en que producen, tienen prefijados los lugares que los investigadores foráneos vienen a ocupar y, por lo tanto, limitadas las posibilidades del derrotero intelectual de los investigadores de la “periferia”? Estudios culturales, estudios poscoloniales... Hay un prejuicio arraigado en ese sentido: “ellos”, los de la periferia, son invitados a cumplir con las tareas que “nosotros” necesitamos y no

podríamos hacer mejor... ¿Cuán to pesa eso, si es que pesa? ¿Es posible sentir una tensión de este tipo? El uruguayo, el latinoamericano, ¿tienen las mismas chances para producir sobre el “canon” del país residente, o del canon occidental en el sentido que vulgarmente se da a esa expresión?

—Esta pregunta parecería estar más limitada a los estudios literarios o los que algunos llaman “estudios culturales”. Centro y periferia... todo ese asunto, dice el disparador o la pregunta. Hay centros y periferias en el centro como también hay centros y periferias en las periferias. Sobre todo eso he escrito mucho y no me quiero repetir en esta ocasión. Me interesa en cambio la última parte, la que se refiere a las “chances” de escribir/producir sobre el canon del país residente o del canon occidental en el sentido... Nuevamente, la pregunta parece estar orientada hacia el llamado “Primer Mundo”. En este sentido, el Primer Mundo no es uniforme: no es lo mismo Estados Unidos que Francia o España. En algunos lugares es mucho más difícil escribir/producir sobre el canon residente sin terminar siendo un “residente nacionalizado”, pero en otros no es así. En España hay múltiples ejemplos, pero también los hay en México, Venezuela, Brasil, etcétera. El tema pasa por realidades menos teóricas y más prosaicas, para los latinoamericanos en Estados Unidos, por ejemplo, es más fácil conseguir trabajo si uno escribe sobre América Latina o, lo que llamo los “latino-norteamericanos”; hay siempre excepciones y destacadas. Pero la competencia para conseguir trabajo académico en Estados Unidos en el campo de la literatura anglosajona es tan enorme que los

latinoamericanos, en su mayoría, encuentran que tienen más posibilidades si producen sobre América Latina. Y como la necesidad tiene cara de hereje, muchas veces se elige o se produce por estas razones crematísticas.

—¿Para quién se escribe o produce cuando se produce o escribe académicamente fuera de Uruguay? ¿En qué medida está Uruguay como interlocutor, o en el horizonte de sus expectativas? O mejor, ¿qué lector, qué interlocutor, qué escucha se construye en la circunstancia en que se encuentran?

—Depende de quien escriba. Hay académicos que escriben para sus pares en la universidad donde trabajan, otros para lo que ellos entienden que es América Latina, otros para sus interlocutores. Lo que sucede es que a veces esos interlocutores no son los de sus países de origen. A veces sucede que las preocupaciones de quienes escriben son múltiples: se escribe para un lector interesado en problemas teóricos y ahí la nacionalidad tiene menor peso, o se escribe para un lector “marcado” cultural o geográficamente. Creo que no hay una respuesta única. En todo caso, existe lo que he llamado el “lugar desde donde se habla” y ese lugar puede ser tanto un lugar geográfico, cultural, histórico o simplemente un espacio sin territorialidad, aunque claro: está siempre marcado. Es decir, no existe una escritura aséptica, impoluta, deslocalizada. Pero el lugar puede no estar identificado con Uruguay o Ecuador sino con el campus, la cofradía, la comunidad de género o incluso de orientación sexual o la pertenencia ideológica o de clase.

—¿En qué medida condiciona el lugar de residencia su escritura? La lengua, la identidad, el lugar desde donde se enuncia...

—Sí, claro que lo condiciona. Hay quienes dicen la patria es la lengua. Hay otros que inventan lenguas y países. Si la pregunta refiere a mi escritura, creo que ya lo he contestado. Pero se me ocurre decir que mi escritura es mi identidad y en mi caso no tengo “una única escritura” y por lo mismo múltiples identidades. Un héroe novelesco dijo: “Yo sé quién soy y sé que puedo ser los doce pares de Francia si quiero”; en mi caso personal no sé muy bien quién soy,

pero sé que soy y he sido muchos más de los que mi filosofía puede imaginar.

—¿*Sigue siendo importante el reconocimiento, en tanto intelectuales, que puedan seguir teniendo aquí? ¿Existe el peligro de sentir que el residir y producir fuera termine actuando sobre la posición que en tanto intelectuales les reserve la historia de la cultura uruguaya?*

—Ya no sé muy bien quién de los doce pares de Francia contesta esta penúltima pregunta, pero los uruguayos son/somos avaros en el reconocimiento. Hasta no hace mucho a mi narcisismo le preocupaba el lugar que eventualmente podría haber alcanzado en la cultura uruguaya. Cada día me importa menos, pues a los encargados de escribir la historia de la cultura uruguaya seguramente no les interesa/interesará mi trabajo —como vengo comprobando desde hace tiempo aun y a pesar de que de vez en cuando se reseña algún que otro libro mío—; les debo parecer un extranjero y todos sabemos que los uruguayos en el fondo somos xenófobos: un turista... un amigo; un intelectual compatriota... bueno, un turista que por suerte pronto se irá.

—¿*Está en su horizonte el regreso? En el caso de que sí, ¿qué cosas lo favorecerían, profesionalmente hablando?*

—No estoy seguro de si esta pregunta fue pensada para varios o personalizada. En todo caso y por las dudas, el regreso no está en mi horizonte sino en mi presente. Entre otras cosas porque nunca me fui. ■

* El actual director nacional de Cultura es poeta, ensayista, investigador. Egresado del Instituto de Profesores Artigas (IPA) en literatura, ejerció la docencia en la enseñanza secundaria hasta que, destituido por la dictadura, viajó a Venezuela donde trabajó como investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, en Caracas. Ha sido profesor universitario en Venezuela, Estados Unidos y Uruguay.

La literatura uruguaya: de Teruel a Montevideo pasando por París

FERNANDO AÍNSA

Oliete, 20 de enero de 2009

DECÍA MAX AUB, el gran escritor exiliado español, que uno es del país donde ha estudiado el bachillerato. Yo lo estudié en Montevideo en dos centros emblemáticos de la enseñanza secundaria —el liceo Vaz Ferreira y el IAVA— y por ello me siento uruguayo, aunque hubiera nacido en España en plena guerra civil, y a España he regresado hace nueve años. Claro que en esa adolescencia y primera juventud tuve la suerte de tener profesores que me inculcaron una pasión por la literatura que más de cincuenta años después sigue justificando mi existencia: Sara de Ibáñez en el liceo, Alejandro Peñasco y José Pedro Díaz en preparatorios.

Sin embargo, en aquellos años apenas se estudiaba la literatura uruguaya y menos aun la latinoamericana. Paradójicamente descubrí la segunda en París y me dediqué a conocer, investigar y divulgar la primera, una vez que la integré en ese vasto, diverso, pero bien delimitado conglomerado de “lo latinoamericano”. La matriz de la lengua compartida, por sobre acentos y modalidades lexicales, hizo el resto. La atalaya de la UNESCO, de cuya editorial fui director literario (1992–2000), tras haber trabajado en los servicios de prensa y en *El Correo de la UNESCO* (1972–1992), me permitió contextualizar y relativizar, a su vez, América Latina en un mundo polarizado y en plena efervescencia poscolonial, especialmente en África.

En la distancia, Uruguay se había vertebrado en América Latina y proyectado como parte de una unidad que sólo en los sueños bolivarianos parecía posible. En ese mar-



Junto a su biblioteca uruguaya en Oliete. Foto gentileza F. Aínsa

co conceptual fundamos el CERL-CIP, el centro de estudios del Río de la Plata, con Nilda Díaz y Saúl Yukievich (Argentina), Rubén Baireiro Saguier (Paraguay), Nicasio Perera San Martín y yo mismo por Uruguay, y el profesor Paul Verdoye (Francia) como su mentor y presidente. Una revista, conferencias y congresos internacionales aseguraron una activa representación cultural en Europa durante los “años de plomo” del Cono Sur. En el CRICCAL, un centro interuniversitario dedicado a los “campos culturales” de América Latina, desarrollé una actividad paralela, donde Uruguay estaba siempre presente. De muchas de esas ponencias y conferencias surgirían los ejes centrales de los libros de crítica y ensayo que he publicado desde entonces: **Tiempo reconquistado. Siete ensayos sobre literatura uruguaya** (1977); **Nuevas fronteras de la literatura uruguaya (1960–1993)**; **Del canon a la periferia. Encuentros y transgresiones en la literatura uruguaya** (2002), y **Espacios de la memoria. Lugares y paisa-**

jes de la cultura uruguaya (2008), los tres últimos publicados con Ediciones Trilce, con cuyo director, Pablo Harari, me une una vieja amistad forjada en sus años de exilio en París. Para escribir estos textos he estado en contacto permanente con la producción literaria nacional, con sus autores, viejos y nuevos amigos, muchos integrantes de una de las diásporas más asombrosas que he conocido por su lealtad alimentada por una sana nostalgia y por esa perseverancia por seguir siendo, por sobre todas las cosas, uruguayo.

Por eso, siento que muchas de las preguntas del cuestionario de **Brecha** están contestadas por mi propia vida. He difundido la literatura uruguaya en revistas, antologías y universidades europeas; pero he reservado el fruto de esas tareas de investigación y difusión a libros que he querido siempre publicar en Uruguay. Mi lugar de residencia actual —un pueblo de la provincia de Teruel, Oliete— me permite tener una gran casa, cuyo eje central es una biblioteca consagrada a

la cultura uruguaya. Sin embargo, gracias a Internet y ahora a Skype estoy en contacto permanente con Uruguay (prensa, foros como el de la Casa de los Escritores) y siento que cuando escribo sobre su literatura mi interlocutor sigue estando allí en la medida en que mis libros son publicados en Montevideo, la única presencia que me importa, la única memoria que intento preservar. De ahí el título de mi último libro: **Espacios de la memoria**.

Como agnóstico no creo en otra vida ni en un más allá que no sea la memoria que pueda fijar la palabra impresa. Si un reconocimiento debe llegar —y mentiría si dijera que no me importa—, que sea por lo escrito, por los panoramas que me he esforzado en trazar, por las pistas que puedo haber abierto, por esforzarme en mantener una visión amplia y comprensiva, para nada excluyente; por la curiosidad de leer o releer autores olvidados que he intentado recuperar para lectores más jóvenes o de otros horizontes.

¿Regresar? Como dice una escritora amiga colombiana, Consuelo Treviño, radicada en Madrid: “*Cuando escribo regreso a mi tierra*”. Así lo siento en Oliete, aunque —como comprobé hace un par de meses— nada sea comparable a una buena caminata primaveral por la rambla o a una animada tertulia nocturna, prolongada con los (ahora) buenos vinos uruguayos de cepa Tanat, con viejos y nuevos amigos concitados, una vez más, alrededor de los libros que publicamos y que nos perpetramos unos a otros con el entusiasmo de una olvidada adolescencia. Así lo viví en Montevideo el mes de octubre pasado. De ese regreso me he traído cuarenta kilos en libros recientes y algún hallazgo en la feria dominical de Tristán Narvaja. Materia prima acopiada para seguir escribiendo y (espero) publicando nuevos títulos sobre una literatura que, felizmente, se renueva. Buena excusa, por si fuera necesaria, para regresar a Uruguay la próxima primavera. ■

Cuando Uruguay se parece a Escocia

GUSTAVO SAN ROMÁN

EN CUANTO A móviles de la partida, mi caso no es el típico de los últimos años, en que gente recién licenciada se va a buscar títulos avanzados a otros países, gracias a becas que les dan instituciones nacionales o internacionales, y termina quedándose, sobre todo en Estados Unidos (porque es relativamente fácil conseguir trabajo en la universidad anglosajona —no así en la Europa continental—). Muy pocas de esas oportunidades había en mis tiempos (salí en el 78), si las había las guardaban para gente muy famosa o con conexiones (como Felisberto Hernández en los años cuarenta, por ejemplo, apadrinado por Supervielle para una beca en Francia y acompañado entre otros por dos Battle). Lo mío fue aventura brava y a solas nomás: ganas de salir porque no se podía respirar durante la dictadura y me tenía cansado el recorrido del 149 que tomaba para todo, y me aferré a un puesto de asistente de lengua española en un colegio de chicas de Londres que me tiró el destino por la cabeza. (Me fui sin plata, ni siquiera para el pasaje, que debo a un amigo que me lo consiguió en un barco de carga.) Después y por las encrucijadas de la vida tuve el regalo del cielo de una licenciatura en español y lingüística en la Universidad de Nottingham y después la tesis en Cambridge, quizás la segunda sobre tema uruguayo en esa universidad (si es que la primera fue la de John Street sobre Artigas). Ese trayecto de coincidencias terminó en el único puesto académico que he tenido desde entonces, en esta escocesa Universidad de Saint Andrews.

Creo que esas limitaciones o expectativas sobre el

campo de acción de los universitarios foráneos (las periferias sobre todo) existen más en Estados Unidos, donde por otra parte hay mayor sensibilidad hacia las modas académicas. En Gran Bretaña por lo menos no es así, y uno se puede dedicar a lo que quiera. Tampoco en la mía hay prejuicios en cuanto a la carrera profesional de los inmigrantes. Yo he tenido cargos importantes, y cuando llegué el vicerrector era italiano y el catedrático de antropología checo, por ejemplo. En mi departamento de español hay una chipriota, un ghanés, una alemana, tres españoles, un francés y un inglés (no hay escocés).

Mi campo ha sido, casi exclusivamente, Uruguay y su literatura. Y mi público, los uruguayos y los interesados en Uruguay de afuera —hacerlo conocer es parte de mi trabajar diario en la docencia y la investigación.

El lugar de residencia de mi escritura es, antes que nada, el afuera. Esto condiciona la reflexión sobre lo que uno es o fue al principio, y ha sido el motivo principal de mis indagaciones en la literatura uruguaya. Para entender mis orígenes tenía que entender los autores clave, visitados muy por arriba en mi formación anterior. Así que en las dos últimas décadas he recorrido la mayoría de los grandes (Onetti, Rodó, Felisberto, Juana, Delmira, Alonso y Trelles, Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz), algunos insistentemente; y seguiré así, ampliando las miras hacia zonas que pueden pertenecer a los estudios culturales, aunque no me importan mucho las teorías. Creo que Rodó tiene mucho que enseñar sobre independencia intelectual. El segundo lugar mío conducente a lo que estudio es Escocia, que se parece a Uruguay en tener vecinos grandes y en el boxear en una categoría mayor a la que le corresponde, y también en

el pensar sobre qué viene a ser como nación. Esto me ha inspirado más recientemente, pues con los años voy enhebrando cada vez más lo personal con lo social. Escribo, en todo caso, para entender a Uruguay y hacerlo comprender a los otros, y lo hago desde aquí, un hermoso y complicado mundo que también habría que conocer más (ambos son a mi ver edenos que esperan descubridores y que no sé si quiero que sean descubiertos del todo).

Me es importante el reconocimiento que reciba en Uruguay y en general no me puedo quejar en ese sentido; conozco bastante el ambiente cultural del país en sus variadas realizaciones, y se me ha tratado decorosamente. Actúo en la prensa cultural y en el ambiente universitario, donde fui estudiante antes de partir. Ahora trato de incentivar la cooperación entre mi universidad y la de la República, y ya he establecido un intercambio que está ayudando a jóvenes académicos que vienen a trabajar aquí.

El regreso en mi caso es por suerte intermitente, y aunque el definitivo está en mi horizonte personal, como no estoy solo tengo que compartir las visiones sobre el futuro con una familia británica. (Eso deben recordar los que se van: no se sabe cuándo es la vuelta.) En algún momento miré la posibilidad de un trabajo en la universidad uruguaya pero me apabullaron los trámites burocráticos y la endeblez económica que acechaba. La condición *full-time*, que permite una vida relativamente vacía de precariedad, no viene con el puesto de profesor titular sino que necesita una nueva prueba al año de vivir a rebandas de aire. Prefiero la perspectiva de la universidad abierta, que se la hace fácil a los mejores candidatos de todo el orbe. ■



A terceira margem do rio

J GUILLERMO
MILÁN

VINE A ESTUDIAR a Brasil, y acabé quedándome a vivir. En 1998 tenía mi licenciatura en lingüística y me dedicaba a eso, había acumulado dos cargos concursados, en la UDELAR, uno en Humanidades y otro en Psicología. El sueldo era muy bajo, y quería hacer estudios de posgrado, que en Uruguay no había. En 1999 comencé a hacer una maestría en el Instituto de Estudos da Linguagem (IEL) de la Unicamp (Campinas, San Pablo) y a principios de 2005 ya tenía mi doctorado, en la línea de investigación "Lenguaje y psicoanálisis". En esa época decidí quedarme en Brasil. ¿Por qué? Un poco de todo. El modo en que se trabaja. También razones afectivas. Hoy, por suerte, puedo hablar de motivos, pero en 2005 la crisis económica mezclada a la inercia universitaria fueron circunstancias, también, determinantes.

Me tomé bastante en serio el trabajo que inicié con los posgrados. Es lo que me gusta hacer, investigar. En el IEL-Unicamp me recibieron muy bien, tuve beca durante seis años. Encontré profesores y personas excelentes: Cláudia Lemos, Nina Leite... Son referentes absolutos para mí, trabajan de forma totalmente seria, impecable. Yo trato de acompañar y

hago lo mío. No te regalan nada, pero existe reconocimiento por el trabajo, que llega en la forma de una gran apertura, de nuevos proyectos y posibilidades. Eso, para mí, es lo más importante. Pero Brasil sigue siendo el país de los contrastes brutales, cuesta acostumbrarse y vivir con eso.

Estoy trabajando en un programa de maestría en una universidad particular, "periférica", y articulo mi trabajo con el grupo de la Unicamp. Ahora investigo sobre cine y psicoanálisis, pretexto para un posdoctorado y algunas otras cosas. Estamos organizando un simposio en un lugar bastante marginal, en la sierra del sur de Minas Gerais. Es un proyecto un tanto descabellado, con más de 40 invitados, Michel Plon, de Francia, de Uruguay viene Behares. Está en www.unincor.br/5sinal.

No participo de los estudios culturales y poscoloniales, a pesar de que escribí un libro que tiene que ver con eso, sobre el siglo XVIII montevidiano (**Hombres de palabra**, editorial Lapzus). Es curioso cómo encontramos las cosas: andamos a ciegas pero sabiendo lo que buscamos. Para ser deterministas, me interesa mucho más la contingencia del deseo y del lenguaje, no la necesidad histórica en sí.

Estamos en un momento en que se volvió patente el fracaso

de ciertos modelos centrales. Un funcionario importante en Brasil se preguntaba: ¿vamos a seguir mandando gente a estudiar economía a Chicago y Londres, cuando el modelo de ellos acaba de quebrar? Eso se procesa y, paradójicamente, parece haber un momento para pensar en la ventaja de mirar las cosas desde la periferia.

Viajo bastante a Uruguay, a visitar a mi familia, amigos, y de vez en cuando participo de algún evento académico. Escribo en portugués, interferido por el español. Así se presenta la cuestión de la identidad para mí: uruguayo, interferido por diez años en Brasil. Pero para el que se fue y de vez en cuando anda en vueltas por Uruguay lo importante es el reconocimiento, en los dos lugares, acá y ahí. Es bueno cuando eso va llegando sin forzar nada (y cuando no llega es terrible). Ahora estoy participando de un proyecto, por así decirlo, absolutamente anti-funcional, anti-instrumental, desde cierto punto de vista. Es un pequeño proyecto editorial, medio uruguayo y medio brasileño, que me demanda mucho tiempo y trabajo: traducir del francés y del portugués libros de psicoanálisis, y publicarlos en Uruguay –en la editorial de mi amigo Leandro Costas-. Tiene un lindo nombre, "Tercera orilla", como "A terceira margem do rio", de Guimarães Rosa. Es una forma de estar. ■

El mar de los horizontes

JEAN-PHILIPPE BARNABÉ*

MI CASO ES un poco particular. Como mi nombre y apellido pueden sugerirlo, tengo doble nacionalidad, y fui educado dentro de una tradición cultural francesa, que incluyó sus buenos años en el liceo que está ahora en el Buceo. Por eso, mi partida de Uruguay hacia Francia a los 17 años, para pasar allí el bachillerato e iniciar estudios superiores, no fue forzada, sino de alguna manera una continuación lógica de todo lo anterior. Nunca he regresado, profesionalmente hablando. Luego de unos pocos años en la enseñanza secundaria, y de un par de cargos diplomáticos en el área educativa (Argentina, Costa Rica), me doctoré y obtuve un puesto universitario para enseñar literatura hispanoamericana, cosa que probablemente seguiré haciendo hasta el fin de mi carrera. Sin embargo, procuro pasar cada año mis vacaciones aquí, y a decir (toda la) verdad, nunca me han faltado deseos, más o menos acuciantes según los períodos, de volver a vivir en Uruguay, de reencontrarme definitivamente con sus paisajes, sus horizontes y su mar, y con una gente a la que, a pesar de la evidente y penosa degradación de tantos parámetros culturales y sociales, me siento profundamente unido. Es casi seguro, sin embargo, y muy a pesar mío, que eso no pueda suceder antes de mi jubilación, porque no alcanzo a vislumbrar, francamente, ninguna perspectiva seria en ese sentido. Hace cosa de un año, una posibilidad pareció perfilarse, pero una simple y rápida averiguación sobre salarios me aplacó enseguida la veleidat, y me mostró que el asunto era inviable. Para los que no lo saben, conviene subrayar que las retribuciones académicas en Uruguay son extremadamente bajas, bastante inferiores, sin ir más lejos, a las de varios países latinoamericanos (México, Colombia, Costa Rica, por ejemplo), en donde tengo colegas y amigos que sí pueden vivir desahogadamente, o al menos normalmente, de su labor docente. Y así como no es generosa en lo económico, la Universidad uruguaya tampoco me parece, debo confesarlo, muy estimulante en lo intelectual: aquí, como en muchos otros aspectos de la vida de este tan querido país, uno suele enfrentarse a menudo con la mediocracia, con la inercia y con la lentitud burocrática, así como con una abusiva, trasnochada y estéril politización –factores todos que al combinarse con la carencia de medios, llevan a un resultado fatal.

Del otro lado del océano, mientras tanto, la academia francesa continúa ofreciendo, a pesar de las inquietantes reformas que el gobierno está maquinando en este preciso momento, espacios de trabajo y de investigación que son indiscutiblemente atractivos. Así lo entienden, al menos, los muchos latinoamericanos (y los varios uruguayos) que en mi campo específico en ella se desempeñan, cuyo origen "sureño" no ha sido, me consta, impedimento ninguno para su progresión profesional, y para su producción académica, y que no parecen tener, por lo general, mayores miras de regresar a sus países respectivos. Esa es también, entonces, mi situación personal: porque allí me siento libre y cómodo (aclaro que hablo de lo estrictamente profesional, porque en todo lo demás habría mucho, muchísimo, que decir), y porque no creo que eso condicione lo mío en ningún plano, desde Francia seguiré, a menos de un improbable milagro, y sobrellevando mal que bien la nostalgia, enseñando, investigando y escribiendo. Tal vez porque no me he especializado particularmente en literatura uruguaya, o porque no creo demasiado en los enfoques estrechamente "nacionales" de la literatura, no lo hago pensando en Uruguay como interlocutor natural, o exclusivo: lo hago, en el mejor de los casos, para una amplia comunidad académica "latinoamericanista", que se halla diseminada por toda Europa, Estados Unidos y América Latina.

Pero así como no pienso que de eso dependa el sentido esencial de mi labor, me interesa sobremedida, no hace falta decirlo, ser leído y "reconocido" en mi país natal. Por eso es que en los últimos años me he esforzado por activar diversos lazos con colegas uruguayos, que han sido siempre fructíferos e interesantes. Todo parece indicar, en conclusión, que para mí los dados están echados de la manera que describí: para simplificar, con un pie de trabajo allá y con un pie de afecto aquí, yendo y viniendo, y oteando cuando puedo estos entrañables horizontes, como ahora, en estos meses de un semestre sabático que mi universidad (francesa) generosamente me regaló, y que, por supuesto, vine a pasar a Uruguay. ■

* Doctorado en la Universidad de París III (La Sorbona) con una tesis sobre Felisberto Hernández (1997). Desde 1998 es profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Picardie, en Amiens (Francia). Desde 2003 es coorganizador de la serie de coloquios internacionales "Montevideana", que se llevan a cabo cada año en



Radio de Periodistas

www.1410amlibre.com